



NOVELA

Sabemos que la bondad es necesaria

JAIME NOGUERA

Cuando el Planeta da para un *puaj* y su finalista para un *semipuaj* (mejor escrito, la verdad, pero aún así *semipujico*); cuando el Nadal se esconde; cuando la tiranía de lo fácil y las comillas marcadas con los dedos y la sonrisilla de conejo sin bigote se adueña de la escena del mundo de los libros, vas y te encuentras en una librería de estación o de aeropuerto con un libro de los que llaman la atención porque no pretenden hacerlo. Y, zas, es bueno. Y te gusta. Y lo recomiendas. Y reposas las páginas en las que anotaste un detalle de primor para la literatura o una caricia para las emociones.

Ni siquiera la violencia, perfecta aliada del mal, piel de la zafiedad, puede con Hubrinek o con el espejo que Hubrinek es para un lugar o un momento de la infancia de cualquiera, "justo el tiempo en que nadie es capaz de tener recuerdos" (pág. 29). Auschwitz: si usted ha estado allí recordará que no es un buen lugar para hacer turismo; es un espacio para ver la profundidad de dolor, para rezar y para hacer penitencia. La vida inventada de un niño que apenas aparece nombrado en otra novela, reconstrucción del podía haber sido como letanía para evitar la desesperanza mientras se recorre el camino de lo que debió de ocurrir, lo que se permitió que ocurriera, lo que no debemos borrar de la memoria. Tampoco lo bueno: la imaginación. "Es mejor que Palestina. Tendremos cafetales./Si no sabes si hay cafetales en Jamaica (¿ingenuidad?), dijo Sofia./Nosotros lo plantaremos, dijo (Yakov)" (pág. 180).

¿Puede acaso el amor comprar el tiempo? Puede surfearlo: es la ola buena, la que merece que la respete el mar. Escrito en vaivén, con ritmo, imágenes y palabras ajustadas a lo que quiere decir el autor, ésta sí que es una novela para aprovechar el placer de leer.



El comprador de aniversarios. Adolfo García Ortega. Seix Barral. 243 páginas. 18,50 euros.